



Mauro Muñiz

El oro de todos

La *medalla de oro* que la ciudad de Barcelona acaba de entregar, a través de su representante democrático, el alcalde Maragall, es la que le entregan al padre del Rey de todos los españoles. Barcelona, rica y plena, galla, ha interpretado, una vez más, la España que va hacia la modernidad, el reto tan expresivamente recordado siempre por Don Juan Carlos, sin dejar el corazón en el camino. Ese corazón es el agradecimiento. Se devuelve con este oro a don Juan de Borbón el oro que él entregó en patriotismo, amor a los españoles, prudencia, visión política, a lo largo de estos años.

Ese acto en el que el rostro emocionado del Rey Juan Carlos se cruza con la mirada enternecida y profunda de su padre, no sólo está abierto, como un álbum lleno de vitalidad, a la crónica que cada día erve junto al pueblo la Familia Real, sino que tiene, también, un sentido político profundo. El oro que hará brillar nuestro destino histórico es aquél que se encierra en el intento de superar las dos Españas: la discrepancia permanente nacional; la zanja que desune nuestros corazones, que es la voluntad que decide los comportamientos de la Corona. En el abrazo que padre e hijo se dan, al concluir el acto, hay un abrazo de todos los españoles. Hay un saludo que trasciende a la solemnidad familiar, al protocolo, al mismo homenaje encendido. Es la solidaridad de quienes se saludan en el profundo deseo de que vivamos unidos, lo que triplica, multiplica el inextinguible brillo de la medalla, el valor de ese oro. La democracia, la convivencia que se han propuesto en la libertad los españoles, está avalada por el oro de ley, el oro de Rey, que en este abrazo entre padre e hijo hemos visto y seguido todos los españoles. Ninguna nación puede instalarse en el mundo con la dinámica que requiere y exige Occidente, si su corazón está roto. En esa clave de unidad y solidaridad, pone el acento más querido la Monarquía. La Monarquía de todos. De todos. Cuando se expresa ese genitivo de ámbito y vinculación, se está abriendo una propuesta de permanencia y de salvación nacional. Hace ya algunos años, al costado de los ricos de Covadonga, el Rey Don Juan Carlos entregaba a su hijo, el Príncipe Felipe, que ahora navega bajo el glorioso velamen de un barco simbólico, los símbolos de su futuro mandato como Rey, y le decía que la Cruz de la Victoria que colgaba en su pecho, era una hermosa cruz que le acompañaría para facilitarle el sacrificio y la abnegación de su futuro servicio.



En esta *medalla de oro* que ha entregado Barcelona a don Juan de Borbón, está el tributo al pesado y doloroso destino que le ha tocado vivir para que llegase este momento, en el que se pudiese decir, con toda legitimidad histórica, desde la Corona, que España es de todos, para todos, con todos. Ese es el oro que nos luce. Ese es el oro que alumbra y rechaza la sombra de la tentación totalitaria, del mundo de la incapacidad, de la inhibición pública, de la desesperanza de los jóvenes. En ese oro hay un compromiso, una moneda de voluntad de acción, que es como una llave que está abriendo minuto a minuto, día a día, los puntos del porvenir. Barcelona ha sido España. Posiblemente no haya un solo español, desde cualquier discrepancia ideológica, que no haya entendido esa expresión de vitalidad que nos conmueve. Ya en Europa, ya en el mundo de la democracia, se avala para nosotros y para los demás en un espíritu que es más que un pacto de unirnos en la libertad que expresan don Juan de Borbón y el Rey Don Juan Carlos. Lo que quiso el augusto padre, encanecido y enfermo, lo proyecta en su hijo. A un sembrador sigue otro sembrador y a éste, otro, bajo el mismo sol, con vicisitudes renovadas, con la alegría de saber que nada es inútil en la construcción de la patria, cuando se realiza desde un profundo sentimiento de unidad. En esa *medalla* de Cataluña al conde de Barcelona, hay un oro olímpico, tremendamente subyugante para una España joven, que quiere ser, en libertad, cada vez más fuerte, cada vez más alta, cada vez más rápida. Había angustia y emoción en el rostro del Rey. Había serenidad, orgullo y un punto de lágrimas en la cara de don Juan de Borbón. Sentían ambos que la fuerza con que se estrechaban, en torno a este oro del homenaje español, se crecía hasta llegar a ser ilimitada, porque en ese abrazo estábamos los millones de abrazos que les quieren dar los españoles.

La Monarquía es verdad que es de todos. No es una frase retórica, sino un hecho vivo, abierto, constatable, comunicativo. Somos lo que somos en este instante de posibilidades inmensas, porque hay un abrazo augusto, decidido, generoso, austero en las palabras y comprometido en los actos, que ha abierto un diálogo de solidaridad. El diálogo de la unidad. El oro que hace que nuestras alforjas democráticas no se rindan ante la dificultad del viaje.

La Monarquía es verdad que es de todos. No es una frase retórica, sino un hecho vivo, abierto, constatable, comunicativo. Somos lo que somos en este instante de posibilidades inmensas, porque hay un abrazo augusto, decidido, generoso, austero en las palabras y comprometido en los actos, que ha abierto un diálogo de solidaridad. El diálogo de la unidad. El oro que hace que nuestras alforjas democráticas no se rindan ante la dificultad del viaje.